

## ◆ Capítulo 6

### **Habitar el exilio. *Un día, allá por el fin del mundo* de Nora Strejilevich**

*Griselda Zuffi*

“En la memoria hay palabras que no se pueden decir. Duran, y hacen mal y hacen bien, como un caballo loco. Correr por esos campos sin tapar los ojos del recuerdo para que se detenga. Respetar el deseo que no fue. Contestarse con nada y mostrar valor ante el desastre” (Gelman 120). Este poema, “Mostrar” de Juan Gelman, conjuga vida y palabra cuando el umbral que hay que atravesar es el tiempo del recuerdo. Algunas de las imágenes que aparecen en la literatura en torno a la experiencia vivida en el destierro giran alrededor de estas palabras: frío, intemperie, nieve, sombra, negrura, desnudez, grietas con alas. En “América Latina: exilio y literatura” Julio Cortázar define el destierro, en una visión un tanto folclórica para el gusto actual, como la cesación del contacto de un follaje y de una raigambre con el aire y la tierra connaturales; es como el brusco final de un amor, como una muerte inconcebiblemente horrible porque se sigue viviendo conscientemente. Tununa Mercado, exiliada en Francia y luego en México, presenta el exilio como un tiempo provisorio, un transcurrir sin fin donde no hay diques que parapeten el continuo, como un tiempo sin estaciones donde las hojas no caen, el frío no llega, el presente nunca pasa al futuro. Para Tomás Eloy Martínez, exiliado en Venezuela en 1975, es el lenguaje de la inexistencia, el descalabro ontológico, el lugar del olvido en el que tanto los que se fueron como los que se quedaron perdieron el país. En *Afuera* de Cristina Feijóo, la experiencia del refugiado va calando en un cuerpo al que le cuesta desplazarse: “En invierno, llegar es pechar la oscuridad, avanzar como un rompehielos contra el viento, cortar la nieve en dos, ser una navaja. Avanzar lleva tiempo, lleva una eternidad. Eso es lo raro, venir uno a ser testigo de su cuerpo” (44). En *Un día, allá por el fin del mundo*, Nora Strejilevich, en su mapa-cuaderno, retrata así la experiencia del exilio:

No entiendo la gramática de ecos que me sigue como un halo, pisándome la sombra donde vaya. Mi casa está abarrotada de poemas inéditos que no sé leer. Las voces de otros me trepan por el cuerpo. Mi cuerpo es un país sin fronteras, abierto a huéspedes que cuentan lo que nadie escucha. (82)

Es innegable que el resurgimiento del exilio como tema en la última década es un indicio de la problematización del “afuera” y el “adentro” de los años incipientes de la democracia de los ochenta, que por distintos senderos vuelve a la reflexión crítica para algunos argentinos. Este surgimiento no se limita a las narraciones de exiliados, forzados a irse del país por persecución política o como sobrevivientes de centros clandestinos, sino también en la producción de hijos de desaparecidos que vivieron el exilio de los padres, como las más recientes novelas de Laura Alcoba *El azul de las abejas* y *La danza de la araña*.

“Irse” por la fuerza significa dar un salto hacia fuera tanto en relación con el cuerpo, ya desprendido de su lugar habitual, como en relación al lugar de destino. Paul Ricoeur, en su fenomenología de la memoria, explica la transmisión de la memoria corporal a la memoria de los lugares, que nos garantiza cómo orientarnos, desplazarnos en un “vivir en” (62–63). En la filosofía cristiana Ismael Quiles acuña el concepto de “in-sistencia” para referirse a la experiencia del “ser en el mundo”: el ser humano “se resiste a ser incluido simplemente en el mundo que mira y contempla al mundo “desde afuera” y, hasta cierto punto, ordena las cosas mundanales, es decir, hace él también el mundo” (Quiles 80). Es necesario prestarle atención a este sentido de espacialidad cuyo lugar primordial se constituye primero en el cuerpo y luego en el lenguaje. Idelber Avelar, en relación al dilema del duelo en la ficción posdictatorial, sugiere —siguiendo lo dicho por el psicoanálisis— que el trabajo de duelo que ejerce el sobreviviente no permite la sustitución del objeto perdido, ya que la percibe como traición al muerto (226). Para los emigrados, entonces, irse significó tener que (re)construirse desde la pérdida de una imagen y una proyección de sí mismos hechas en un tiempo y espacio que, en el nuevo contexto, ya no existían ni podían recuperarse. En este sentido, la emigración forzada constituye un trauma que, muchas veces, se suma a otros previos, y eso exige un auténtico trabajo de duelo (Franco y Levín 71).

En *El lugar del testigo. Escritura y memoria* Strejilevich se acerca a la sobrevivencia de los campos de concentración en las dictaduras del cono sur, releyendo a autores como Primo Levi y Jean Améry o Semprún para dar cuenta del exilio de quien ha experimentado en carne propia la tortura: “habitar la ruina del lenguaje que ha quedado adherida a la vivencia misma de la tortura” (Mendiola, cit. en Strejilevich, *El lugar* 97). La autora vuelve a pensar, en diálogo con esos textos, el lugar del testigo y la necesidad de dejar huella

de lo vivido. Argumenta que el testigo no puede quedarse sin decir el horror porque sabe que “el exilio más radical que producen los campos es el del lenguaje: la imposibilidad de decir la huella del horror. Por eso es crucial el esfuerzo de narrar(nos)” (*El lugar* 76). Los relatos sobre la desaparición forzada de personas, en un primer momento, valoraron sobre todo el gesto heroico de la acción política; pero el dar la vida por la causa, como sugiere Ana Longoni, generó el culto al heroísmo y a la resistencia en la tortura. La muerte del revolucionario alimentaba de algún modo la vida cuando la tortura y la desaparición comenzaron a ser hechos inexorables. Sin embargo, con el tiempo la perspectiva cambia: el primer testimonio paradigmático que intentó quitarle el velo al aura mística de la militancia es *Ese infierno*, el intento por parte de un grupo de mujeres sobrevivientes de entender la vida que les resta en tanto “sobrevivida”; algo que Strejilevich también busca, a su manera, en *Un día . . .*, donde la protagonista es una antiheroína: no fue revolucionaria, vive desorientada y quiere a menudo huir de la pesada carga de la memoria, aunque se logra afirmar cuando retorna al país, situándose junto a las siluetas, las fotos y las baldosas que son marcas y huellas urbanas de la presente ausencia de los desaparecidos. En definitiva, esta novela autobiográfica se construye como un acto de resistencia sostenido por la memoria. En la última sección del libro la exiliada declara en los juicios de lesa humanidad y nos describe, en el acto de contarle a su hermano desaparecido lo que está pasando, una intervención callejera en la que se congregan amigos y militantes para oír las condenas. Su voz, incluso en este escenario, es reflexiva: “El Mal trae consecuencias, señores, repito mientras los cánticos compiten con la resolana. Vaya que las trae, si tengo que hablar conmigo para hablar con vos, si tu cara sigue veinteañera y plana, balanceándose con la brisa como si bailara” (285). Pero hasta llegar a este punto pasan muchos años en los cuales no cesan la desubicación y la inquietud de quien perdió el rumbo:

Sobrevivir es como vivir de prestado: uno debería no estar, pero está. En cuanto recuerdo que la senda actual sería otra si no fuera yo una renacida, me afano en diseñar nuevos cimientos para volver a crearme y crearme. Al casi par de años de estar en Israel decido abandonar la filosofía. Al par de años de volar a Canadá me parece irrisorio seguir en Vancouver. ¿Para qué pedir la residencia, si seguramente partiré otra vez? A mi mundo siempre se le abren grietas y en las grietas se insertan alas. (*Un día* 81)

Si pensamos en *Una sola muerte numerosa* (1997/2006/2018), la novela testimonial nos instala de pleno en el secuestro propio, que se va tejiendo con

la desaparición y muerte de sus seres queridos y al que se le suman voces y experiencias de las personas que Strejilevich ha entrevistado a lo largo de años, entre ellos familiares y desaparecidos/reaparecidos. Si bien hay varios pasajes del exilio donde el absurdo de los procesos burocráticos es mordaz, el pulso de la narración es poético y no trata de la cotidianidad de la vida sino de la excepción: no todos los días secuestran a alguien en plena calle donde grita su nombre y se la llevan, la meten en un Ford Falcon, la pisan con botas y la apuntan con armas. En *Un día, allá por el fin del mundo*, su reciente libro autobiográfico sobre el exilio, en cambio, el mismo tema se encara de otra forma. Como es de esperarse en Strejilevich, los trámites adquieren dimensiones kafkianas y anticipatorias. El funcionario canadiense que le entrega el sobre para confirmar su residencia se arriesga a pronunciar su apellido: “Sthlwtz”; Nora escucha esa masa de consonantes y piensa: “si así les suena mi apellido, ¿cómo les sonaré yo?” (11). Sonar, que en el lenguaje coloquial argentino significa fracasar, es la trama de la vida que no puede cerrarse bien, con un broche de oro y un final feliz. *Sonaré* porque se abren grietas con alas, a veces con humor y a veces con ese andar titubeando porque no sabe exactamente cuándo *sonará* la vuelta de lo vivido, el Campo y el después. *Cómo les sonaré yo* tiene ese eco de fracaso. Por eso es que, en vez de estar “saltando en una pata” por haber recibido un documento preciado que le permite entrar y salir con libertad desde el país que le otorgó refugio político, le surgen la ansiedad y el temor de volver a la Argentina donde debe enfrentar la vida que se congeló dos veces, con la desaparición de su hermano Gerardo y la propia, y ahora con el viaje hacia su Padre. Comienza el itinerario pero no sin trazar la marca de lo vivido, la sospecha latente cuando las cosas simplemente salen bien, la incertidumbre de los pasos al pensar si tomó el camino indicado o si habrá nuevos desvíos en el recorrido, la dilación de la llegada como un modo de no encarar lo que le espera, hasta que llega y se produce el suicidio del padre. ella atravesada por ellos, por la ausencia, escribe notas, cuadernos que luego arma en el presente de ese exilio que no tiene un después.

En uno de los relatos, titulado “Los fantasmas vivimos así”, la autora narra en su cuaderno el transcurrir del tiempo y el estar junto con los que ya no están:

Para paliar trabas recurríste a una vida en tránsito, estado que no cura, pero a veces tranquiliza. Lo que calma es la deriva, el transcurso de lo novedoso que da placer y no exige nada a cambio. Aunque siempre se aterrizan en nuevas exigencias, porque la aventura, como todo, tarde o temprano se acaba. Y el ancla es un nuevo vacío donde los fantasmas pueden ganar la partida. Tu utopía viajera es que el tiempo pueda acabar con ellos, que

se enfermen a fuerza de perseguirte por climas tan variados, que queden atascados en alguna montaña, en algún río. Que un día te olviden, aburridos de tanto vagabundeo. (*Un día 57*)

Las llegadas a los distintos lugares del mapa parecen imágenes de películas. No es por azar que escoge en esos pasajes la segunda persona para hablar de ella en episodios del recuerdo. A veces las llegadas son crueles y nos recuerdan a los refugiados en las costas del Mediterráneo por la precariedad a que los condena el “humanismo universal”; a veces se dulcifican gracias al calor humano, como en “Trafalgar House”, donde forma una familia sustituta con otros extranjeros en Canadá; a veces se hunden sin más. Strejilevich llega a Israel desde el Club Atlético, nombre del Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE) donde fuera secuestrada, y se encuentra en el reverso del camino de pompa y éxito de una vida mejor al que tantos emigrantes aspiran. Aunque la sobreviviente intenta salir del pozo de donde viene, la observación de los otros le recuerda la distancia que intenta borrar, dirigiéndose a sí misma en segunda persona, observándose desde afuera:

El final feliz dura poco. Tu pasaje por el Club Atlético había abierto un hiato entre ellos y vos que acabaría con la posibilidad de un nosotros. Los instructores les contaron, ya en el aire, que perdiste el vuelo porque te secuestraron. Mientras ellos volaban hacia un país, hacia un futuro, vos te esfumabas, te diluías en un lugar misterioso y temible que nadie quiere conocer. Por eso será que te miran así. Verán en vos una figura con cuencas en vez de ojos, que debería aparecer envuelta en una sábana blanca y no enfundada en jeans y con equipaje de mano. Sos para ellos un alma desencarnada que se alarga en sombra y se lanza en busca de los vivos, como si los extrañara o quisiera algo de ellos. Se quedan mudos, nada de hola qué tal, cómo te va. Congelados. ¿Cómo reaccionar ante una visita del más allá? Así, sin atinar a nada. Es evidente que recuperar la etiqueta de humana no será fácil, ni para ellos ni para vos. (*Un día 60*)

Ella: su cuerpo es presencia de las marcas del Campo, en la mirada y en el rostro que llevan otros muertos con ella, pero la fuerza de la sobrevivencia es también su dificultad de vivir sin más, sin dar explicaciones, solo en estado de goce por la vida misma.

En este pasaje de vida en tránsito por países, con sus cuadernos a cuestas para no abandonar “esa geografía cósmica llamada intimidad”, se aferra a un

país fuera del mapa (*Un día* 14). Desde Canadá la Argentina parece “un mundo odnum, al vesre” (15). La escritura es lo que permite elaborar la vida en simultáneo entre la muerte y lo cotidiano del vivir. Salta con pasos inquietos la mayoría de las veces, tomándose el pelo en el absurdo de lo que sucede, en sus olvidos, en su demora en la toma de decisiones. Sentimos que su vida en tránsito es un azar que se vincula con los afectos de los que no están. De Israel a Grecia, de Grecia a Inglaterra, de Inglaterra a Italia, de Italia a España, de España a Francia, de Francia a Brasil, de Brasil a Canadá. Los lugares se mueven. Su estar en perpetuo movimiento va armando destinos como si desde la terminal del aeropuerto tirara dardos magnéticos. Donde cae, mira y dispara, porque donde vaya “le aterra la continuidad como la falta de ella” (*Un día* 50). Los lenguajes se mudan a la velocidad de los recuerdos, empujando los límites de ese espacio geográfico al que intenta llegar: “titubeando entre espacios y tiempos, siempre en puntas de pie para no pisar ninguna mano, ninguna cara, ninguna piel de mi colección de siluetas que se deshojan por el camino” (10).

En “Nadie le pregunta a un muerto (esto no es el primer capítulo)” la demora en cada lugar de su largo recorrido es el deseo de detener el viaje hacia el Padre, en sucesivas paradas donde el paisaje se vuelve peso: de pronto quiere irse, la asfixia el circuito donde se mueve. En cada estación vuelca la intimidad de su pensamiento en cuadernos que van llevando las marcas de sus vivencias. De algún modo intenta incorporar todo lo sucedido, sabiendo que es imposible. Es como si necesitara perderse antes de llegar. En su dilatado peregrinaje hacia el Padre le pasan cosas, siempre complicadas, en Colombia, Bolivia, Brasil, hasta que finalmente ancla en la Argentina para volverse testigo de un padre que hace tiempo dejó de estar y no puede conciliar la distancia y lo inminente:

Muevo levemente el cuello por la afirmativa o la negativa y me refugio en un mazo de imágenes huérfanas de perspectiva y de cronología. Floto en y con ellas. Me voy dejando ir hasta que los lugares cobran forma, los olores se sienten con su intensidad natural, el viento molesta, el andar cansa. (*Un día* 47)

Nora registra palabras, imposibles de masticar, que escucha unos instantes antes del suicidio del padre: “No te culpes de nada”: la frase resuena en el difícil latir del saber que su padre ya se había arrojado al vacío, y ella vuelve al departamento azorada por su imposibilidad de detectar lo que esa frase anunciaba: “Qué manera de no atar cabos, yo” (*Un día* 50).

Nora busca los dibujos de León para recuperar la belleza, el goce que ese padre transformaba en arte hasta que le arrebataron a sus hijos; busca habitar

el exilio sin perder la memoria, porque los “fantasmas vivimos así”, haciendo el esfuerzo de elaborar, en la escritura del cuaderno-diario de viaje-testimonio, el duelo de lo que se resiste a perder. Pero no solo la escritura plasma su historia, la protagonista aparece también en marchas: un día 24 de marzo de 1987 ve en una pancarta los nombres de su hermano y de su novia, desaparecidos en 1977, y se pliega al grupo que los lleva. Sostiene ese día el nombre de su hermano Gerardo, el mismo al que le dedica su libro.

En el capítulo “Sorteando miedos” trata de unir los dos polos, entre Buenos Aires y Canadá, cuando escucha por teléfono que tiene que viajar una vez más a la Argentina (de hecho es un viaje anterior al del primer capítulo, en que narra la muerte del padre, porque las cronologías de la memoria son otras): su madre está en una cama de hospital, muriéndose de un cáncer que Nora nunca supo que tenía porque nadie se lo había dicho. En esa llamada trata de asir lo que se le escapa, la vida de su madre, pero ELLA no puede unir los dos polos de la distancia.

¿Qué le pasa al tiempo con el cambio de espacio? ¿Qué distancia abre en mí? En una novela los cambios de espacio se leen como cambios de tiempo. En la vida es igual. Cuatro mil kilómetros de distancia es una eternidad y allá, en Buenos Aires, es siempre.

Vancouver se va diluyendo mientras tu voz, mamá, se ensancha en mí.  
(*Un día* 84)

La noticia de que su madre está muriendo de cáncer y el hecho mismo aparecen narrados dos veces, revelando el modo en que el exilio enrarece la experiencia: un tiempo real, el del llamado telefónico en que recibe la noticia, y un tiempo dilatado de reconstrucción donde intenta armar la vida excedente para dar sentido a ese mundo en hilachas.

En *Un día* . . . las distancias fácticas se vuelven espacios de rememoración, tal como dice la misma autora:

Es una forma de volver a pasar por el corazón, o sea de recordar, tejer esa urdimbre y al hacerlo darle sentido o inventarle un por qué a los huecos, a las incertidumbres, a las despedidas, a eso que siempre se nos escapa con el fluir de nuestra existencia. *Un día, allá por el fin del mundo* construye un lugar para los ausentes a falta de un lugar físico y concreto para todos nosotros. Es un lugar que me demandan ellos porque fueron víctimas de una historia trágica y que yo armo desde la precariedad, ese sitio desde el cual los vínculos se vuelven más esenciales.<sup>1</sup>

## Nota

1. Conversación con Nora Strejilevich, Junio de 2018.

## Obras citadas

- Forcinito, Ana. *Los umbrales del testimonio: entre las narraciones de los sobrevivientes y las señas de la posdictadura*. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert, 2012.
- Franco, Marina, y Florencia Levín. *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Guzmán, Jorge. “Una radical originalidad”. *Revista Occidente* 51 (2019): 60–61.
- Longoni, Ana. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma, 2007.
- Quiles, Ismael. *Más allá del existencialismo: filosofía in-sistencial*. Barcelona: Luis Miracle, 1958.
- Rodríguez, Ileana. “‘Un día, allá por el fin del mundo’, de Nora Strejilevich. No te culpes de nada, me susurraste al oído”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 13 (2019): 563–74. Web. 29 junio 2019.
- Tandeciarz, Silvia R. *Citizens of Memory. Affect, Representation and Human Rights in Postdictatorship Argentina*. Lanham Bucknell University Press, 2017.
- Oberti, Alejandra, y Roberto Pittaluga. “Temas para una agenda de debate en torno al pasado reciente”. Web. 29 junio 2019.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Simón, Paula. “La representación del exilio en la narrativa testimonial concentracionaria argentina”. *II Jornadas de trabajo, Exilios Políticos del Cono Sur en el Siglo XX*. Montevideo, Uruguay, 5–6 de noviembre, 2014.
- Strejilevich, Nora. *Una sola muerte numerosa*. Córdoba: Alción, 2006.
- \_\_\_\_\_. *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Argentina, Chile y Uruguay*. Buenos Aires: Catálogos, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Un día, allá por el fin del mundo*. Santiago de Chile: LOM, 2019.
- \_\_\_\_\_. *El lugar del testigo. Escritura y memoria*, Santiago de Chile: LOM, 2019.

---

Zuffi, Griselda. “Habitar el exilio. *Un día, allá por el fin del mundo* de Nora Strejilevich.” *Lo decible de la desaparición*. Ed. Ana Forcinito y Griselda Zuffi. *Hispanic Issues On Line Debates* 10 (2022): 71–78.

---